

Ile Mimí, costurera de París, es insignificante en cambio, comparada con las *misses* clásicas que llenan los paseos de Niza y los jardines de Sevilla es adorable.

*
**

Pero ¿de dónde salen tantas *misses*? ¿Qué ciudad de esta isla sorprendente — grave y funambulesca, capaz de todo lo raro — las fabrica. ¿En qué restaurant vegetarianista han enflaquecido sus cuerpos? ¿Qué domingo protestante ha impreso en sus rostros el fastidio eterno? ¿Qué humedad nebulosa ha desteñido sus cabelleras y apagado sus ojos? ¿Qué duende shakespeariano, de aquellos que se cuelan por las cerraduras de las puertas, se ha divertido en alargarles desmesuradamente los dientes?

¡Dios lo sabe!

En todo caso, Londres no es su patria.

IV

BAILARINAS COSMOPOLITAS



ENTRE ENCAJES.—4

IV

Bailarinas cosmopolitas.

En el Moderno, cuando Pinedo baja de los zancos y la señorita Alonso consigue convertir á su príncipe en un marido verdadero, comienza un breve cortejo de feminidad cosmopolita.

Tres mujeres aparecen, una tras otra, y durante algunos instantes cantan y nos encantan, y bailan y sonrien con sus labios pintados, y alzan las piernas esculturales, convencidas de ser artistas y seguras de producir en nuestras almas una sensación agradable.

Mirka, Nella, Frieda...

Las tres son deliciosas. Las tres son ágiles y rítmicas. Las tres saben lo que valen.

Lo que ninguna de las tres sabe es que, unidas así en ideal ramillete dentro de una *corbeille* española, representan para nosotros la variedad del Gesto moderno.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edg. 1625 MONTERREY, MEXICO

* *

Tú, Mirka, eres París. No eres todo París, ni eres todos los Parises, sino uno reducido y encantador: el París de las canciones picarescas y de los gestos lascivos. Eres París con su gracia cortesana, con su elegancia altanera, con su atrevimiento revolucionario, con su ingenuidad canallesca, con su frivolidad sensitiva, con su sinuosidad esbelta. Tu cuerpo fino y flexible ondula, cual un mimbre de invernadero, de un modo inconscientemente artificial, y en tus pupilas pálidas las chispas no se encienden sino para morir en seguida ahogadas en una lágrima, después de haber brillado con la temblorosa rapidez de los relámpagos primaverales. Un aroma embriagador de polvos de arroz y de lilas nuevas se exhala de tu cabellera castaña.

Los revisteros entendidos en clasificaciones de géneros aseguran que eres *gommeuse*. Sin duda lo eres, puesto que llevas un monóculo y dices, con impertinencias de chiquilla mal educada, lo que no debe decirse. Eres *gommeuse*, porque no eres la *romanciére* que evoca sombras desvanecidas al claro de la luna, porque no te cubres el rostro con la falda vertiginosa como las *chahuteuses*, porque no sabes articular con acento impecable como las *diseuses*. Eres *gommeuse*, en fin, por la fuerza ineludible de la eliminación clasificadora. Mas eso no importa. Para mí simbolizas el alma alada,

bohemia, ingenua, de todo un pueblo. Eres París.

Te llamas Colombina. De tu abuela, una marquesa, heredaste el orgullo, y tu madre, menos noble, te legó la sutileza. Pierrot te adora porque es la humanidad. Tus pintores se llaman Willette, Steinlen, Cheret. Tu poeta es Banville, tu historiógrafo, Jules Janin.

Algunos dicen que eres muy perversa. Es cierto.

Algunos otros dicen que eres muy buena. También es cierto.

Lo eres todo. Eres el pecado y el perdón, la piedad y la ironía, el vicio y la pasión. En ciertas ocasiones la ternura te obliga á besar la cabeza de un caballo de ómnibus, y al día siguiente ninguna fibra de tu ser se conmueve cuando Pierrot, loco de deseo, te acaricia.

Más femenina que tus hermanas del Sur y del Norte, y más artista que todas las demás hijas de Eva, pareces la tentación universal.

Eres París, te repito, cierto París...

* *

Tú, Nella, eres de Nápoles y eres Nápoles.—No eres Italia. — Eres Nápoles.— Mezettino tañe por la noche, bajo el manto azul tachonado de lágrimas de plata, su mandolina doliente y suplicante; Leandro, en la esquina, te dice su canción apasionada. Tú escuchas y sonries sin emoción profunda, sin voluntad verdadera, ignorando si quieres á Leandro ó adoras á Mezettino y dispuesta á entregarte, enco-

mendándote á la Madona, al primero que se decida á requerirte con tiránica energía. Tu cuerpo es delicado y frágil, pero tu alma conserva la inconsciencia primitiva de las razas esclavas. En tus ojos, tallados como diamantes, con pupilas dilatadas y luminosas, no resplandecen sino las mil luces, atrayentes y monótonas, del cariño, del amor. Tu cerebro no necesita engolfarse en reflexiones complicadas, cual el de tu hermana Colombina. Ni piensas, ni deseas, ni te quejas. Eres la resignación y la voluptuosidad.

Al tener, apenas, cinco años, arrullabas á tu muñeca con ternura maternal, porque algo te indicaba ya confusamente que habías venido al mundo para el deber como para el placer. La parisiense no hacía lo propio á la misma edad, pues una voz misteriosa decíale que la Naturaleza la había criado para el placer más que para el deber.

Cuando estás alegre, como ahora, bailas la tarantela y eres ligera sin malicia, rítmica sin hieratismo, esbelta sin coquetería. En tus movimientos hay algo de campesino, algo de pastoral. Las chicas de Tanagra y de Pompeya deben de haber bailado, como tú lo haces hoy, en las festivales de la vendimia, al son de rústicas flautas paganas.

Eres la sencillez, la bondad, la alegría. Nada en ti es malsano y enfermizo, porque la brisa del golfo, que madura prematuramente los frutos dorados de los senos, impregna también el alma de simplicidad marinera.



¡Sigue bailando! La vida es siempre corta, y la tuya lo es más que la de ninguna otra. A los veinticinco años, cuando Colombina esté aún en la plenitud de su encanto sensual, tú serás ya la flor marchita del invierno. Para ti no hay otoño melancólico, ni lento declive envuelto en luz que aun no se ha ido y sombras que todavía no han llegado. ¡Que tu primavera sea un beso sin fin y una tarantela interminable!

¡Baila, napolitana!

* * *

¿Y tú, Frieda? Tú eres Viena.

Al verte aparecer, andando rítmicamente con paso breve y regular; al verte sonreír con encantadora petulancia; al admirar la caprichosa fantasía de tu inmenso sombrero púrpura, la elegancia de tu cortísima falda, la redondez de tu pantorrilla, la delicadeza de tus tobillos; al recibir la limosna de tu sonrisa invitadora y de tu mirada que acaricia; al contemplarte por primera vez, en fin, pareces una parisiense. Eres una Colombina algo gorda y demasiado rubia. Tus medias de seda rosa, atadas muy alto por cintas color de carne, son del bulevar. La ironía benévola de tus labios, nos hace pensar — ¡con cuánta nostalgia! — en las noches de Montmartre.

Y cuando cantas articulando con una precisión matemática palabras duras de una lengua incomprensible; cuando cantas y bailas y te retuerces formando raras es-

pirales de danza al compás de una música funambulesca, diríase que eres una *girle* de Londres ejecutando un *highland-flig* canallesco.

Lo mismo que Brummel, eres de Londres y de París, y unes el *chic* al *smart*.

Por eso eres Viena—Viena la noble—la artista, la entusiasta; Viena de los placeres, de las tabernas doradas, de las carrozas floridas, del amor callejero; Viena la perezosa, la antigermánica, la alucinante.

Ríes, y tu risa suena con alegría de cascabeles. Ríes al cantar, al bailar, al andar. Ríes de los demás y ríes de ti misma. Todo en ti es alegre, fresco, incitante. Tus mejillas provocan al mordisco cual los melocotones maduros. Tu piel es suave y tibia como los rasos nuevos.

En tu calidad de objeto de lujo, no tienes rival. La parisiense es sinuosa, es felina y dentro de los guantes suele llevar garras de pantera. La española es grosera y no acepta de buen grado el corral con cerco de oro. La italiana es monótona. La inglesa no es bella. Tú eres bella con la belleza mórbida de las queridas del Ticiano, y además eres picaresca como Colombina sin tener su alma sinuosa. Al verte, los artistas sentimos no ser millonarios... Sería tan agradable vivir acariciado por tu sonrisa, verte, en los rincones del estudio, estirándote, cual una gata rubia, en divanes muy bajos y muy muelles, respirar en la atmósfera saturada por el aroma de tu cuerpo desnudo, hacerte bailar danzas secretas en la penumbra de la alcoba, y luego, ya

muy tarde, dormirse entre tus brazos, que son los más blandos cojines de Citearea. .

* * *

...¿Que no sois así? Lo siento. Así de bierais ser, y para mí así sois. Los paisajes son un estado de alma...